

www.elboomeran.com

**Gianni Celati**  
**VIDAS ERRÁTICAS**

*PREMIO VIAREGGIO 2006*

TRADUCCIÓN DE  
FRANCISCO DE JULIO CARROBLES

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

www.elboomeran.com

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2009  
TÍTULO ORIGINAL: *Vite di pascolanti*  
Publicado en Italia por Edizioni nottetempo en 2006

© Gianni Celati, 2006  
© de la traducción, Francisco de Julio Carrobles, 2009  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2009  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-02-4  
DEPÓSITO LEGAL: CC-839-2009  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## UN HÉROE MODERNO

Zoffi era un chico muy estudioso y parco en palabras, siempre sumido en sus pensamientos. Me impresionaba lo sumamente serio que era en todo lo que decía. Llevaba una chaqueta modesta, la camisa con el cuello abrochado sin corbata, y al mirarte mantenía los ojos un poco entornados. Su madre era todo lo contrario: una mujer imponente con la cabeza siempre erguida como por soberbia y el aire de mandar en todos los que estaban a su alrededor. Venía de una familia en la que todos tenían nombres de la mitología griega, de modo que ella, viuda de buen ver con un estanco cerca de las murallas, era la señora Juno,\* hija de un tal Saturno.

\*Juno es Giunone en italiano, y significa también mujer de físico imponente y escultural, así como orgullosa y altiva. (*N. del T.*)

Ahora me está viniendo a la memoria la visión de un cortejo fúnebre camino del cementerio, en cabeza la carroza enjaezada de negro y tirada por dos caballos blancos. Cerca de la carroza veo a Zoffi con su madre de luto, seguido de otros que por el momento me resultan desconocidos. Luego vienen sus amigos, entre ellos el que suscribe, con quince años, y sus compañeros de escuela Fregatti y Barattieri. Está también el profesor Amos, vestido al desgaire, que enseñaba en nuestro instituto pero al que luego habían expulsado por alcohólico, y que ahora frecuentaba nuestra comitiva estudiantil. Al fondo del cortejo asoman otras personas en grupo, que eran amigos del padre de Zoffi, aquí conducido al cementerio. De modo que esta visión se sitúa en un lejano otoño, cuando mi amigo tuvo que dejar los estudios para ocuparse del estanco de su padre muerto.

A Zoffi lo recuerdo bien porque yo quería escribir una novela con un personaje inspirado en él como héroe moderno. De hecho, él no había ido como yo al instituto, a aprender griego y latín; había estudiado en la escuela técnica abierta a las ideas técnicas, y esto, con respecto a los estudios clásicos, es harina de otro costal. Pero yo no conseguía avanzar con la novela por falta de inspiración. Ha-

bía escrito el primer capítulo, en el que Zoffi se quedaba siempre inmóvil una mañana al despertarse y miraba a través de la ventana, y a partir de ahí ya no sabía cómo continuar. Pero esto no tiene nada que ver con su historia, que empieza cuando tuvo que abandonar el colegio para atender el estanco. Encontrarse vendiendo cigarrillos todo el santo día debió de ser un duro golpe, y creo que por eso se convirtió en un gran pensador, que reflexionaba sobre cualquier cosa hasta que encontraba en ella algo podrido.

De joven, Zoffi veía allí fuera casas, gente por las calles, coches y nubes en el cielo; luego, nada más atravesar las murallas, veía otras calles, sembrados, árboles, campiñas. Y lo que conseguía comprender con sus meditaciones era esto: que él no tenía nada que ver con lo que veía, ni con los discursos que oía en el estanco o en casa, con su madre o paseando por la ciudad. «Yo no tengo nada que ver con este estanco, no tengo nada que ver con esos discursos, no tengo nada que ver con mi madre, no tengo nada que ver con nada», éste era su pensamiento, inmaduro, pero ya seguro en lo que a temática se refiere. No porque él lo quisiera así, sino porque desgraciadamente era ni más ni menos así.

El descubrimiento de que uno está separado de todo y encerrado en sus pensamientos, que le hacen sentirse más separado que nunca, es ya de por sí algo que te deja de piedra. Pero añádase el hecho de descubrir que los demás van a hacer la compra, despachan sus asuntos, se cortejan, se aman, se dejan, se lían, se degüellan, se mueren, sin que se les haya pasado nunca por las mientes estar separados de todo lo demás. No hablemos ya de los jubilados del barrio, que venían a su estanco a charlotear, a charlotear de política o de fútbol todo el santo día. Éstos le hacían sentirse solo hasta tal punto que a veces tenía que abandonar de súbito el estanco y darse una vuelta hasta las murallas.

Que fuese un tipo demasiado sensible con respecto a la ciudadanía media, ni se discute. Era un razonador implacable, con los nervios siempre de punta. Esto se notaba por su manera de apretar la boca, con las muecas de cuando uno se come algo amargo. Razonando acerca de los problemas que le surcaban la mente, se sentía tan solo en sus pensamientos que luego lo veía todo podrido por todas partes. Antes tenía una novia guapa y simpática, pero un día se había puesto a razonar igualmente sobre aquello y había llegado a la conclusión de que también había algo podrido entre los

dos, porque eran dos extraños que fingían no serlo sólo para seguir adelante: de modo que ellos eran también unos hipócritas, como tanta gente casada. Por lo que la había convencido para que lo dejase.

Me acuerdo de algunos de nuestros paseos por el campo, donde todo lo que veía le hacía sufrir. Pongamos que uno le dijera: «¡Mira la naturaleza, Zoffi! ¿No te dice nada la naturaleza? ¿No es bonita la naturaleza?». Al día siguiente le brotaba una espantosa erupción porque aquél era su punto débil: la perdida dulzura de la naturaleza, junto a tantas otras dulzuras perdidas de manera irreparable. Pero había además otro motivo que debe ser señalado, y es que él pensaba en una tal Urania, sobrina de su madre, por la que se había colado hasta los huesos al verla tan bien formada, con aquellos ojos negros y aquellos cabellos rizados que le caían sobre la blusa de encaje. Y a partir de entonces se le había ocurrido que únicamente junto a ella podría disfrutar de las dulzuras de la naturaleza, mientras que sin ella no tenían ningún sentido. Pero Urania estaba casada con un empleado de banca llamado Bacchini, así que el acercamiento era imposible. Entonces, cuanto más pensaba en ello más separado se veía de todo lo demás por el hecho de estar separado de Urania. A veces, en el estanco le daba



tantas vueltas al asunto que los clientes veían de forma palpable cómo le brotaban en la cara unos granitos gordos como forúnculos. Era el signo de su martirio, como las llagas de Cristo en las manos de los santos.

El amigo predilecto de Zoffi era el profesor Amos, que en aquellos tiempos debía de andar por los cincuenta. Regordete, con unos trajes raídos que le colgaban por todas partes, el cigarrillo siempre encendido entre los labios, hubo un tiempo en que enseñaba filosofía en nuestro instituto; luego había sido expulsado por borrachón indecente. No era de los que se tambaleaban como suelen hacer los demás borrachos, pero a fuerza de beber tenía siempre en los labios una sonrisa insensata. Aquella sonrisa estaba ligada a su manía de hacer comentarios para reírse de todo, que, no obstante, hacían reír poco y a menudo molestaban a la gente, sobre todo en las tabernas, donde se detenía a beber siguiendo un orden de paradas fijo. Por si fuera poco, Amos tenía otra manía, que era la de ensartar en sus discursos palabras en alemán, como «Natürlich», «Jawhol», o «Ach so!». Palabras que ponían de los nervios a la plebe de la taberna.

Dentro del circuito de lugares donde se paraba a beber, caía de paso el estanco de Zoffi, y también

allí hacía un alto para comprar cigarrillos y escuchar las discusiones con los pensionistas, o para hablar con algunas amas de casa del barrio que lo encontraban de lo más simpático. Todo el mundo lo escuchaba con muestras de consideración: «¿Cómo le va profesor?». A lo que él respondía regularmente en alemán, con aquellas sonrisas de alegría insensata: «Wunderbar!». Zoffi le explicaba los razonamientos que acumulaba en la cabeza y Amos le daba siempre la razón: «Natürlich!». Nunca se vio que alguna vez le llevase la contraria a alguien, aunque no se sabía muy bien si lo hacía para reírse o por otros motivos. Los pensionistas se quedaban bastante desconcertados con sus salidas estrafalarias, pero él no le tomaba el pelo a nadie, eso puedo asegurarlo. Lo único que, entre el hecho de que había sido profesor de filosofía y el hecho de que andaba siempre más o menos achispado, sus ocurrencias no estaban nunca al alcance de cualquier bolsillo.

El estanco era un local gris y desnudo en el barrio Carrozze. Sobre la puerta se leía ESTANCO, pero otros carteles anunciaban ACEITE, PASTA o CONSERVAS, porque cuando el padre de Zoffi lo había comprado era una tienda de comestibles, y luego no se le había ocurrido a nadie quitar los otros carteles.